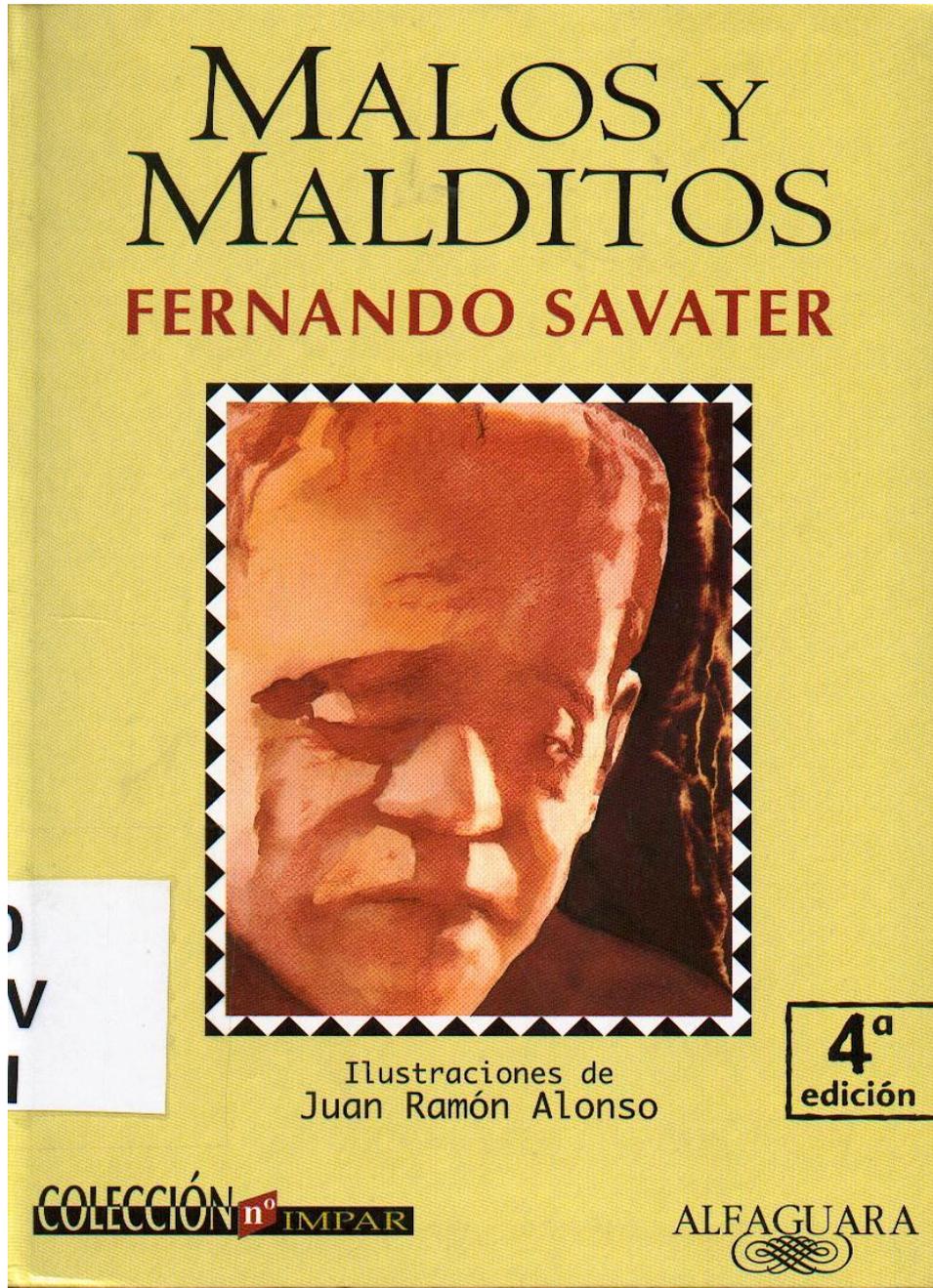


FERNANDO SAVATER

MALOS Y MALDITOS



Fausto: "Pero vamos a ver: ¿quién eres tú?"

Mefistófeles: "Pues una parte de esa fuerza que siempre quiere el mal y siempre hace el bien."

(J. W. Goethe)

ÍNDICE

PRÓLOGO	4
EL CÍCLOPE POLIFEMO	5
LOS HOMBRES DEL FUEGO	7
BRÍAN DE BOÍS-GUILBERT	9
EL FANTASMA DE CANTERVILLE	11
NICOLAS ROKOFF Y ALEXÍS PAULVÍTCH	13
EL PROFESOR MORIARTY	15
SANSÓN CARRASCO	17
CHAKA.....	19
LADY MACBETH.....	21
EL CERDO "NAPOLEÓN".....	23
EL ASESINO DEL MONASTERIO.....	25
LOS MARCIANOS	27
EL CAPITÁN NEMO.....	29
MONTRESORS	31
LA CRÍATURA.....	33
DOMINGO.....	35
GOLLUM.....	37
LOS GRANDES ANTIGUOS	39
JOHN SÍLVER	41
LOS VELOCIRRAPTORES.....	43

PRÓLOGO

¿De qué tratan los libros de aventuras, esos libros que divierten y emocionan, que aumentan las ganas de vivir? Contado de forma muy simple, el argumento básico de la aventura es así: unos personajes buenos tienen que enfrentarse con otros personajes malos y luchar contra ellos. Si ganan los buenos, decimos que la aventura acaba "bien"; pero si vencen los malos, declaramos que el cuento acaba "mal". Y sin embargo...

Sin embargo, las cosas no son tan sencillas. A veces los buenos no son tan buenos como nos los quieren pintar: en ocasiones también hacen daño a otros, aunque sea con las mejores intenciones. Y los malos pueden ser malos de muchas maneras, unas peores y otras bastante soportables. Te confieso que a mí en ocasiones me resultan más simpáticos que los buenos: los comprendo mejor, quizá porque yo sea también malo como ellos. Además, a los malos hay que agradecerles por lo menos una cosa: si no fuera por su aparición, las narraciones resultarían aburridísimas. Una historia en la que todo el mundo es bueno es como una hamburguesa de cartón y sin patatas fritas.

El título de este libro dice: "malos" y "malditos". Son dos formas de resultar culpable bastante diferentes. Los verdaderos malos son así porque quieren: podrían ser buenos, pero prefieren fastidiar al prójimo, abusar de los débiles y apoderarse de lo que les gusta sin respetar a nadie. De estos malos de verdad creo que hay bastantes menos de lo que suele creerse. Los malditos, en cambio, abundan mucho más. Llamo "malditos" a los que quisieran ser buenos pero acaban haciendo pupa porque los demás no les ayudan, les rechazan o no les entienden. Más que malos, los malditos son buenos con mala suerte. Los malos auténticos se hacen solos; pero a los malditos les hacemos malos entre todos. Aunque no los he contado, creo que en este libro hablo más de malditos que de malos...

También hay una tercera clase de tipos peligrosos, que no son malos ni malditos, a los que podemos llamar "adversarios". El adversario nos amenaza y es preciso luchar contra él, pero no por eso podemos decir que sea malo: sólo es malo para nosotros porque hemos chocado con él. Por ejemplo, un tiburón puede ser nuestro adversario si nos lo encontramos cuando vamos nadando por el mar: el bicho no es malo ni bueno, lo malo es... encontrárselo con hambre. A los adversarios les he quitado del título para que no resultase demasiado largo, pero también tropezaremos con algunos en las siguientes páginas.

En el fondo, todos -los malos, los malditos y los adversarios que aparecen en novelas o cuentos- son amigos de los lectores porque contribuyen a que nos divirtamos, a que soñemos y también a que pensemos un poco. Si tú aún no has leído los relatos de los que voy a hablarte a continuación, espero que este librito mío te sirva como una invitación para leerlos; y si ya los conoces, permite que los recordemos juntos como dos viajeros que han estado en las mismas hermosas tierras y celebran charlando lo bien que lo pasaron allí.

EL CÍCLOPE POLIFEMO

ODISEA. HOMERO

La literatura no empieza con un hombre solo sentado ante una mesa, escribiendo sobre un pergamino con una larga pluma de ave mojada en tinta, sino con un corro de hombres y mujeres acucillados en torno a un fuego mientras alguien cuenta una historia. Quizá es de noche: se protegen dentro de una cueva de la lluvia, del frío, de las fieras que rondan y acechan. Acércate a escuchar. ¿Qué les narra ese hombre cuyas palabras tienen a todos tan fascinados? Habla de las aventuras de alguien singular que cruzó los mares, desafió a las montañas y se enfrentó con los monstruos. Narra batallas en las que intervienen muchos guerreros humanos y a veces algunos dioses que debían estar aburridos. También aparecen mujeres: la mayoría se limitan a ser hermosas y los varones las cortejan, a veces las raptan o luchan a muerte por ellas; pero otras son valientes, astutas, emprendedoras, fieles a sus maridos o retorcidamente malignas como brujas. El protagonista de ese relato que alguien cuenta mientras los demás escuchan conteniendo la respiración se parece a nosotros pero no del todo: por lo visto no tiene miedo a la muerte como lo tenemos tú y yo. Y los otros se animan escuchando su historia y le llaman héroe porque aprenden gracias a él que la muerte no domina donde hay un gran corazón.

Ese hombre que habla es el narrador o, si prefieres, el poeta. Al primero de esos poetas - que aún no escribieron pero que cantaron y contaron hermosas historias- nosotros le llamamos Homero. Muchos años después de su muerte, alguien reunió los cuentos que tantos le escucharon en dos grandes libros: el primero de ellos, la *Iliada*, trata del largo asedio de la ciudad de Troya por una alianza de guerreros aqueos llegados desde todas partes de Grecia para rescatar a la hermosa reina Helena; el segundo, la *Odisea*, relata las peripecias sufridas por uno de esos guerreros -Ulises, rey de la isla de Ítaca- hasta volver a su casa, navegando por gran parte del Mediterráneo. La *Odisea* es una magnífica novela de aventuras, la primera de todas y la que ha tenido más imitadores. Si la lees te encontrarás zarandeado por tempestades y naufragios, verás aparecer monstruos implacables, serás hechizado por brujerías, sabrás cómo un rey tuvo que disfrazarse de mendigo para recuperar su trono, cómo la flecha de un arco formidable se clavó en el corazón de la verdad y cómo un viejo perro ciego fue capaz de ver lo que nadie veía. Sobre todo, conocerás a Ulises: astuto, fuerte, obstinado, tramposo y audaz. Hace ya casi tres mil años que los lectores estamos enamorados de él...

Uno de los adversarios más tremendos contra los que tienen que enfrentarse Ulises y sus compañeros en su famoso viaje es el cíclope Polifemo. Se trata de un gigante antropófago con sólo un gran ojo en la cara, que vive en una isla habitada únicamente por otros feroces salvajes de su misma especie. ¿Te acuerdas de los ogros, esos personajes amenazantes que aparecen en tantos cuentos, como *El gato con botas* o *Juan sin Miedo*? Pues Polifemo es el primer ogro de la literatura y sirve de modelo a muchos otros.

El cíclope tiene su guarida en una gran cueva, donde guarda también un rebaño de enormes ovejas. Ulises y sus camaradas se acercan a él como amigos, esperando alimento y cobijo, pero Polifemo les hace prisioneros para ir devorándolos poco a poco. Por fortuna, el cíclope no conoce el vino, ese invento maravilloso de la gente mediterránea, y cuando Ulises se lo da a probar se entusiasma con tan grata bebida: es bruto, pero menos de lo que parece. Después Polifemo se duerme borracho como una cuba, Ulises le ciega el único ojo con una estaca bien afilada y los griegos se escapan ocultos entre las lanas de las ovejas ciclópeas.

No creas que Homero y sus oyentes consideraban a Polifemo un monstruo por su enorme tamaño, ni por su único ojo, ni por vivir en una caverna. Lo monstruoso del cíclope era su falta de "hospitalidad". A los pobrecillos que llegaban cansados y estremecidos de luchar contra las olas no les ofreció ayuda, sino que los trató como a animales. Para aquellos antiguos griegos, como para tantas otras culturas, no había peor pecado que esa falta de hospitalidad. Acuérdate cuando veas en tu ciudad al extranjero, al inmigrante, al que pide refugio y comprensión. No seamos nosotros ogros odiosos para ningún ser humano.

LOS HOMBRES DEL FUEGO

EL LEÓN DE LAS CAVERNAS. H. J. ROSNY AINÉ

Tú y yo vivimos rodeados por las personas de nuestra familia: a algunas las queremos mucho y con otras nos llevamos un poco peor. Si salimos de casa, están los vecinos: los hay muy simpáticos y otros que no saludan ni al entrar en el ascensor. Más allá está la gente del barrio: el quiosquero al que compras periódicos y tebeos, la señora de la tienda de ultramarinos, los del garaje de la esquina... y muchos más. Añade a la lista tus compañeros de colegio, la gente que viaja contigo en el metro y en el autobús, los primos con los que veraneas a veces, las chicas francesas que encontraste haciendo auto-stop, todos los rostros que aparecen en la televisión y en el cine... ¡yo qué sé! ¿Has intentado calcular alguna vez a cuánta gente conoces? ¿A cuántos seres humanos has visto en tu vida, aunque no sea más que unos pocos segundos? Di los que quieras: seguro que te equivocas y son más.

La verdad es que nos ha tocado vivir en un mundo en el que abundan los seres humanos: hay más que nunca -cuentan que casi seis mil millones-, aunque en ciertos sitios se nota más que en otros. Pero imagínate aquella época del pasado remoto cuando los humanos éramos muy poquitos, una ínfima minoría. Formábamos una especie rara y amenazada de extinción por mil peligros, como las ballenas y los tigres de Siberia a los que hoy amenazamos nosotros... ¡pero sin ninguna asociación ecologista que se preocupase de nuestra supervivencia! Entonces cada cual sólo conocía a un puñado de personas: dos, tres docenas, los de la tribu. Se podía andar días y días, se podían recorrer cientos de kilómetros sin encontrar a ningún vecino, a ningún semejante (algo que ahora sólo pasa en el desierto del Sáhara, en Groenlandia y en pocos lugares más). Era tan raro tropezar con otro ser humano que, cuando dos hombres de tribus distintas se encontraban, seguramente lo primero que debían preguntarse es: "¿Será también ése un hombre como yo?". Y después: "¿Querrá hacerme daño? ¿Intentará devorarme? ¿Podré llegar a ser amigo suyo?".

Ya sabes que de esos tiempos llamados prehistóricos no nos han quedado testimonios escritos: la historia comienza para nosotros cuando alguien "escribe" su historia. Pero lo bueno de la literatura es que permite imaginarse cómo era la vida cuando aún no había literatura. Muchos escritores modernos han contado a su modo esas historias prehistóricas que entonces nadie pudo escribir. Una de las mejores lleva un título estupendo que nos deja pensativos: Antes de Adán. Pero yo quiero hablarte de otra, cuyo autor es un novelista francés del siglo pasado, J. H. Rosny. Tampoco lleva mal nombre: El león de las cavernas

Lo que más me gusta de ese relato es que trata de una amistad o, mejor, de dos amistades. ¡Amistades prehistóricas, fíjate! La primera es entre dos hombres, Ahon y Zahur. Pertenecen a tribus distintas (Zahur es el último superviviente de la suya y también son distintos en todo lo demás: Ahon es fuerte, ágil, atrevido y un poco

ingenuo; Zahur es debilucho y estrecho de hombros, bastante lento a la hora de correr pero mucho más ingenioso que su compañero. Sin embargo, son inseparables y se tienen verdadero afecto. Ahora llega la segunda amistad, porque el hábil Zahur se las arregla para hacerse amigo de un enorme león de las cavernas. Ahon y Zahur pasan mil aventuras en aquellas selvas antiguas llenas de fieras y otros peligros. Finalmente son salvados del ataque de una tribu enemiga por el gigantesco león...

Esa tribu hostil es la de los Hombres del Fuego. Son caníbales y cazan a los miembros de otros grupos humanos para comérselos. Ahon y Zahur intentan acercarse a ellos en son de paz, pues ya han logrado antes llevarse bien con los Hombres Lemúridos y con otra tribu formada sólo por mujeres, pero con los feroces Hombres del Fuego no hay nada que hacer. Leyendo esta historia se da uno cuenta de que los hombres se fueron haciendo verdaderamente humanos gracias a la amistad. De todos los inventos geniales que ha hecho nuestra especie, el más genial y el más importante de todos es la colaboración amistosa entre los hombres. Si no fuera por eso, seguiríamos todavía vagando en pequeñas hordas entre las demás bestias, como los Hombres del Fuego: con los dientes largos y afilados, pero con el cerebro muy pequeñito.

BRÍAN DE BOÍS-GUILBERT

IVANHOE. WALTER SCOTT

Seguro que has soñado alguna vez con vivir en otra época, sea en el futuro o en el pasado. Si lo que te apetece es vivir en el futuro, eso tiene arreglo: cuando acabes de leer esta línea ya estarás en el futuro respecto al momento en que la empezaste. Vivir es ir entrando poco a poco en el futuro, día tras día, y descubrir sus novedades a veces asombrosas. Por ejemplo: yo vi la televisión por primera vez a los doce años, ahora escribo esta página en un ordenador que aún no se había inventado cuando yo tenía tu edad y además tengo la barba blanca, algo que antes me parecía propio sólo de Papá Noel y veteranos como él. De modo que no te preocupes, el futuro vas a conocerlo... dentro de un rato. En cambio, el pasado ya es más difícil de conquistar. Ni tú ni yo sabremos nunca cómo se vivía cuando las casas no tenían electricidad ni agua corriente (¡aunque todavía hay gente en el mundo que vive en esas circunstancias!), cuando aún los europeos no habían llegado a América, cuando se viajaba a pie o en caballo pero no en avión, etc... Y lo que más nos sorprende es que la gente de esas épocas no imaginaba que tales inventos pudieran existir y por lo tanto no los echaba en falta. ¡A lo mejor no son tan imprescindibles como hoy creemos!

Imagínate ahora que estás en la Edad Media, hace aproximadamente ocho siglos. Supongamos que vives en Inglaterra. Primera sorpresa: mucha gente habla en francés. Son los normandos, que han conquistado la isla hace poco y que dominan sobre los sajones, quienes se expresan en una lengua más parecida al inglés (aunque el inglés moderno es una mezcla del idioma de los unos con el de los otros). Si no eres esclavo tienes suerte, puesto que muchos siervos viven todavía en la esclavitud y deben llevar en el cuello una argolla de hierro que les identifica. Los nobles lo pasan mucho mejor, pero se aburren bastante: la mayoría de ellos apenas sabe leer o escribir, no conocen el teatro (¡por el cine ni preguntes!) y sus únicas diversiones son la caza y la guerra, además de las grandes comilonas en los salones helados -tampoco hay demasiada calefacción- de sus castillos. De modo que unos y otros, pobres y ricos, esperan con ansiedad que se celebre un gran torneo, el mejor espectáculo de esa época. Enlatados en sus pesadas armaduras y montando caballos también acorazados, los caballeros se atizan tremendas lanzadas y mandobles hasta que sólo uno queda campeón, entre los aplausos de la multitud. Bueno, en algo hay que pasar el rato...

Para conocer un poco esa época no necesitas una máquina del tiempo: bastará con que leas *Ivanhoe* de sir Walter Scott, una novela llena de emocionantes aventuras medievales en aquella Inglaterra que esperaba el retorno de su rey Ricardo Corazón de León tras la tercera Cruzada (Walter Scott cuenta en otra estupenda novela suya, *El talismán*, lo que le ocurrió a Ricardo en Jerusalén y su amistad con el sultán Saladino).

Leyendo *Ivanhoe* te harás una idea bastante aproximada de qué comían y qué bebían aquellos hombres muertos hace siglos, cómo trataban a las mujeres y lo mal que se portaban con los judíos por absurdos prejuicios religiosos. Asistirás a un gran torneo y

al asalto de un castillo. ¡Incluso tendrás ocasión de encontrarte con el verdadero Robin Hood, el mítico arquero de los bosques de Sherwood!

Conocerás también a sir Brian de Bois-Guilbert, el arrogante y fiero enemigo de Ivanhoe. Sir Brian pertenecía a los templarios, una orden de caballería nacida en las Cruzadas y cuyos miembros decían ser mitad monjes y mitad soldados, lo que no resulta una combinación demasiado afortunada. Como ocurre con la mayoría de los malos o malditos de que hablamos en este libro, Bois-Guilbert no era malo del todo. Era valiente, noble a su modo y le hubiera gustado ser una persona decente. Pero sentía la pasión feroz de someter a los demás a su capricho.

Quizá el amor le habría salvado. ¡Ay, si Rebeca, la hermosa judía, le hubiera susurrado "no seas tonto, que yo te quiero...!"

EL FANTASMA DE CANTERVILLE

EL FANTASMA DE CANTERVILLE. OSCAR WILDE

Una noche tormentosa de viento ululante y roncacos truenos; un antiguo caserón inglés (si es un castillo, mejor que mejor cuyas estancias polvorientas y sombríos corredores sólo iluminan vacilantemente algunos candelabros, junto a los relámpagos que deslumbran por un instante tras los ventanales. ¿Qué es eso? ¡Allí, en el rincón, junto a la chimenea apagada! ¡Una alta figura pálida que parece hecha de telarañas o de humo, a través de la cual pueden verse las sillas y los cuadros de la pared! ¿Es una mujer, un hombre cubierto con una especie de sudario... o algo que no es ni hombre ni mujer, algo que no es de este mundo? ¡Qué escalofrío! Ahora levanta un brazo para señalarte y dice... ¿qué dice? Parece que dice: "¡Uuuuuuuuh!". ¡Por favor, sea más claro! Nada, otra vez "uuuuuuuh". ¿Qué quiere decir "uuuuuuuh"? ¡Y dale con lo de "uuuuuuuh"! Como no se aclare.... Muy bien, pues "uuuuuuuh": paso de ti, fantasma.

No creas que sólo en los viejos castillos escoceses hay espectros: nada de eso, los fantasmas están muy bien repartidos por todo el mundo y se los puede encontrar en China o en la India lo mismo que en Dinamarca, tanto en la Alhambra andaluza como en una mina abandonada del Oeste americano. Algunos vienen envueltos en una tormenta de arena del Sáhara y en cambio otros navegan por el mar, en un barco tan fantasmal como ellos mismos. En todas las épocas y en todos los lugares se cuentan historias de fantasmas. ¿Qué es un fantasma? Un difunto que se aparece de pronto a los vivos, unas veces para quejarse, otras para vengarse y en ocasiones solamente para que se acuerden de él y de la mala muerte que tuvo. Vamos, un muerto que no se acostumbra del todo a estarlo. La aparición de una de tales criaturas causa siempre sobresalto a los vivos, imagínate, aunque no todos los fantasmas tienen malas intenciones, ni mucho menos. Algunos se diría que sienten nostalgia de los lugares donde vivieron y de las personas queridas que han dejado atrás, a las que ayudan cuando pueden. En el fondo, yo creo que los fantasmas son sólo muertos con ganas de matar el rato. Porque la muerte es un rato muy, muy largo...

Parece que el decorado perfecto para que aparezca un espectro son unas ruinas, o un páramo desolado, o un viejo cementerio. Es decir, en ambientes más bien antiguos. Sin embargo, ¿cómo se las arreglan los fantasmas en el mundo moderno? A la luz de una vela, cualquiera puede imaginarse sombras misteriosas, pero... ¿y cuando nos ilumina triunfalmente la electricidad? ¿Son capaces los fantasmas de viajar en automóvil como antes viajaron en coche de caballos? ¿Acaso un ensangrentado espíritu del siglo XVI podrá arreglárselas con un ordenador o sabrá enviar un "uuuuuuuh!" por fax? Y sobre todo: si la gente se pasa el día viendo la televisión, ¿quién hará caso de los pobres fantasmas?

El fantasma de Canterville fue el primero de los espectros de la literatura que tuvo que enfrentarse con la vida moderna. Durante siglos había rondado tranquila y espeluznantemente por la antigua mansión inglesa de los Canterville, acariciando con

sus dedos de esqueleto el cuello de aterradas marquesas o paseando con la cabeza bajo el brazo ante pálidos condes que no tenían más remedio que desmayarse. Pero un día Canterville fue comprado por una dinámica y moderna familia americana. Hasta entonces, el fantasma había sido una pesadilla para los demás; pero a partir de ese momento, los demás se convirtieron en una pesadilla para él. Si deambulaba haciendo sonar sus cadenas por los pasillos, los yankis le recomendaban amablemente que utilizara aceite lubricante para evitar chirridos; si hacía aparecer un misterioso charco de sangre en el salón de la casa, los huéspedes lo limpiaban con un quitamanchas ultrarrápido de efecto garantizado. Los dos niños de la familia le gastaban bromas macabras, le tiraban cubos de agua y almohadas, en fin... ¡un desastre y una falta de respeto! Menos mal que la hija adolescente, un encanto de chica, se compadeció de él y le ayudó a descansar por fin en paz, lejos de tanta desagradable modernidad.

Tal vez la época actual sea poco apropiada para los espectros tradicionales. Pero en cambio tiene sus propios fantasmas, menos románticos aunque quizá más amenazadores: el paro, la violencia terrorista, el hambre, el racismo... ¿Sabes? A veces echo de menos con ternura a los viejos fantasmas que sólo decían "¡uuuuuh!".

NICOLAS ROKOFF Y ALEXÍS PAULVÍTCH

EL REGRESO DE TARZAN Y LAS FIERAS DE TARZAN. EDGAR R. BURROUGHS

¿Tienen miedo los animales por la noche en la selva? Los roces y gruñidos entre las sombras, los ojos fosforescentes que flotan aparentemente sin cuerpo, el roce de las hojas que puede deberse a la brisa o al deslizarse de alguno de los grandes felinos cazadores... Las tinieblas abundan en zarpas y colmillos; el veneno mortífero acecha a nuestros pies y desde lo alto puede caerle a uno encima cualquier cosa alada con garras y mucha hambre. Seguramente los bichos sienten cierta inquietud ante tanta variedad de peligros, pero puede que no estén más asustados que tú cuando vas a cruzar una calle y no hay paso de cebra (por cierto, eso de la cebra también tiene un perfume selvático, ¿no?). Es que cada animal grande o pequeño sabe por instinto "cómo" se vive y sobre todo cómo se sobrevive en la selva. Cada cual tiene sus propias armas para defenderse: unos cuentan con sentidos finísimos que les alertan cuando se acercan enemigos; otros saben camuflarse hasta hacerse invisibles, y los hay tan veloces que nadie puede atraparlos. ¿Miedo, los animales? No, sólo cierta precaución.

Ahora supón que es un hombre -tú mismo, sin ir más lejos- quien está esa noche solo en la selva oscura. Probablemente sentirás mucho más miedo que ningún otro animal y, la verdad, creo que con razón. Porque los humanos estamos peor preparados que los demás bichos para vivir en la jungla. Para empezar, la mayoría de lo que sabemos no es instintivo sino aprendido, y para aprender algo hay que equivocarse antes mucho: pero en la selva los errores suelen ser fatales y el primer fallo puede ser también el último. Además, nosotros no tenemos zarpas o colmillos, ni veneno, ni olfato fino, ni vista en la oscuridad, ni músculos para correr como gamos... Desde luego sabemos fabricarnos ayudas: lanzas, fusiles, luces eléctricas, radar, automóviles, aviones y tantos otros instrumentos. Pero, ¿qué pasaría si de pronto nos quitaran todo eso, si olvidásemos lo que la historia nos ha enseñado, si nos hallásemos desnudos en la selva amenazante, oyendo rugidos en las tinieblas?

Así se encontró Tarzán desde el día en que nació: sin las protecciones de la civilización pero también sin los instintos y la fuerza física de las fieras. Se las tuvo que arreglar primero aprendiendo muchas cosas de los grandes monos que le criaron, para luego inventar por sí mismo algunas de las más antiguas herramientas humanas. ¡Un hombre moderno con la educación de un mono pero capaz de descubrir el fuego, el cuchillo y hasta de aprender a leer él solito! Bueno, no hace falta que te lo creas del todo: se trata solamente del protagonista de una serie de novelas, y muy divertidas por cierto. Lo que te puedo asegurar es que Tarzán no sintió nunca miedo en la selva ni de noche ni de día. Y leyendo sus aventuras tú viajarás también de árbol en árbol y de peligro en peligro sin que te asusten los carnívoros.

En sus emocionantes peripecias, Tarzán se enfrentó a muchos enemigos temibles. Quizá los dos peores fueron dos rusos malvados (aunque no fueran malvados por ser rusos, claro está: Nicolas Rokoff y Alexis Paulvitch. Estos dos bribones eran todo lo contrario de Tarzán. Para empezar, eran cobardes, mientras que Tarzán se caracterizó siempre por su coraje. Fíjate en esta palabra: coraje. Proviene de una voz latina que significa "corazón" y consiste precisamente en tener un corazón grande y fuerte. Rokoff y Paulvitch tenían corazones pequeñajos, temblorosos como un flan mal hecho. Además también se diferenciaban de Tarzán en otra cosa. Mira, Tarzán se crió en la selva entre animales salvajes pero poco a poco fue descubriendo lo que verdaderamente hace humano al hombre, que no son las armas ni los instrumentos sino el respeto por los demás, el no hacer daño a nadie a sabiendas. En cambio, Rokoff y Paulvitch se criaron en países civilizados, fueron a buenos colegios, conocieron todos los refinamientos de las ciudades pero se hicieron cada vez más salvajes, más crueles, más dañinos. Tarzán empezó como una fiera pero se hizo hombre; Rokoff y Paulvitch nacieron hombres pero se convirtieron en fieras, y en fieras de las peores, en fieras "racionales..." Por cierto, acabaron muy mal.

EL PROFESOR MORIARTY

LAS AVENTURAS DE SHERLOCK HOLMES. A. CONAN DOYLE

Los hombres y mujeres de tiempos pasados vivían en ciudades pequeñas, todos muy juntos de forma tumultuosa y fraternal: las casas estaban rodeadas por una muralla cuyas puertas se cerraban al caer el crepúsculo y se abrían al amanecer. Fuera de esas murallas estaban los grandes bosques o las selvas amenazadoras, rugían las fieras y ojos fosforescentes brillaban siniestros en las largas noches oscurísimas. Gradualmente, las ciudades se fueron haciendo cada vez mayores y más populosas; las calles se ensancharon en las zonas céntricas, se levantaron numerosos edificios públicos y las murallas fueron derribadas para que el crecimiento urbano no se detuviera. Las noches se hicieron menos tenebrosas gracias a los faroles de gas y luego a la electricidad, por lo que la gente se acostumbró a frecuentarlas en busca de espectáculos y otras diversiones. Los carruajes de servicio público, abuelos de nuestros taxis, traqueteaban de aquí para allá con sus dientes.

Pero el miedo, el viejo miedo, no desapareció. Porque la ciudad gigantesca se hizo tan laberíntica y tan peligrosa como la jungla. Nuevas fieras aparecieron, depredadores humanos que rondaban por los bulevares y forzaban la puerta de las casas para cometer sus crímenes; y también otras fieras, aún peores, que parecían muy respetables a ojos de todos, elegantes con su sombrero y su bastón, se aprovechaban de los más débiles para realizar sus fechorías.

Hizo falta un nuevo tipo de cazador que rastrease las huellas de esas fieras ciudadanas, descubriese sus delitos y protegiera a sus posibles víctimas. Algo más que un simple policía: un gran sabueso, con olfato y coraje. Y ese detective genial fue Sherlock Holmes, cuyas hazañas ocurrieron en Londres, una de las "selvas" ciudadanas más llenas de enigma y peligro a finales del siglo pasado. Holmes tuvo dos de los dones más importantes que pueden ayudar a un hombre de mérito: un amigo fiel y un enemigo implacable. El amigo fue el doctor Watson (digo "fue" y hablo en pasado, pero en realidad debería escribir "es", porque Sherlock Holmes y Watson viven en el eterno presente de la literatura), que le acompañó en todas sus aventuras y le sirvió a la vez de escudero y de cronista. Cuando en el pequeño piso de Baker Street una voz decidida dice: "¡Vamos, Watson, coja su abrigo y no olvide el revólver!", los lectores sentimos un escalofrío porque sabemos que comienza lo emocionante...

El enemigo implacable de Sherlock Holmes fue el profesor Moriarty. Si Watson, el amigo que nunca traiciona, permite a Holmes disfrutar de una compañía generosa, su gran adversario Moriarty le da ocasión de demostrar toda su habilidad detectivesca. Porque Moriarty no es ni mucho menos un criminal corriente, de esos que un día roban un bolso o pegan una puñalada porque sí, a lo que salga, al buen tuntún. El siniestro profesor es todo un genio del delito y dirige en la sombra a una multitud de sicarios que se dedican a violar las leyes de todas las maneras imaginables y varias que no nos

imaginamos. Se le puede comparar con una araña maléfica que teje su tela a través de las calles neblinosas de Londres, empujando a sus víctimas descuidadas hacia una trampa de la que no podrán escapar. Entre Sherlock Holmes y él se traba una batalla titánica, porque cada uno de ellos es el mejor en su campo: uno como príncipe de los detectives y el otro como emperador del crimen.

¿De dónde proviene el profesor Moriarty? ¿Cuál fue su familia o cuáles sus aficiones juveniles? Nada sabemos de él. Por no saber, ni siquiera estamos seguros de cuál es la asignatura de este, "profesor" (aunque en cierta ocasión se insinúa que enseñó matemáticas "en una universidad provinciana"). Su único doctorado parece ser el de maestro supremo de la delincuencia. Es el lobo feroz que ronda por las calles despreocupadas de Londres, mientras suenan las campanadas del Big Ben y un "bobby" cachazudo hace su ronda, mirando de reojo con una sonrisita a los niños que juegan al aro en el parque. Moriarty es el padre de todos los negocios sucios, el que planea los asaltos más audaces, el que trama los asesinatos indescifrables. Si te cruzas en su camino o posees algo que él apetece, estás perdido. Bueno, perdido del todo, no. Aún puedes correr al 22 B de Baker Street y avisar a Sherlock Holmes.

SANSÓN CARRASCO

DON QUIJOTE DE LA MANCIIA. MIGUEL DE CERVANTES

Normalmente consideramos "malo" a quien tiene mala idea, mala intención. Es decir, el que hace daño a otro a propósito. Pero, ¿y los que fastidian al prójimo con la mejor intención del mundo, los que le hacen daño "por su bien"? Estos malos a fuerza de ser buenos pueden resultar en ocasiones los peores de todos. Hay tipos convencidos de que saben lo que conviene a los otros mejor que ellos mismos. Como aquel boy-scout que dedicó enormes esfuerzos durante toda una mañana para ayudar a cruzar la calle a un ciego... que no quería cruzar. Tales protectores de gente que no pide protección nos dicen lo que tenemos que comer, lo que tenemos que beber, si debemos fumar o no, cómo debemos vestir y hasta lo que tenemos que pensar. Si se limitaran a informarnos de lo que según ellos es mejor para nosotros, hasta podríamos agradecerérselo y todo. A fin de cuentas, un consejo dado con buena intención nunca hace daño... especialmente si uno no lo sigue. Pero lo malo es que están dispuestos a "obligarnos" a que les hagamos caso. Eso sí, siempre por nuestro bien.

Sansón Carrasco es uno de estos "malos" llenos de buena intención. Se considera a sí mismo como el mejor amigo de don Alonso Quijano, al cual le ha dado la rara chaladura de creer que es un caballero andante llamado don Quijote. Como Sansón Carrasco es un bachiller, una persona con estudios moderna y tolerante, está convencido de que comprende muy bien al bueno de Alonso Quijano y sus fantasías heroicas. Incluso siente cierta simpatía por el ideal de la caballería andante: ir por el mundo ayudando a los débiles, arreglando injusticias y salvando a las princesas que han tenido la mala suerte de ser raptadas por algún malvado brujo. Claro que a Sansón Carrasco todos estos proyectos tan bonitos le parecen cosas del pasado o ilusiones que nada tienen que ver con la realidad. Además, Alonso Quijano no es un fuerte guerrero capaz de luchar contra dragones sino un señor bastante mayor y no muy cachas, al que cualquiera puede tumbar sin esfuerzo. Todo el mundo se ríe de su aspecto estafalario y de lo chungo que es el viejo caballo que monta. Ya no hay brujos, piensa Sansón Carrasco, ni princesas, ni... bueno, injusticias todavía hay, eso no se puede negar, pero si no sabe arreglarlas la policía seguro que tampoco las enmienda ningún caballero andante. De modo que Sansón Carrasco decide "ayudar" a don Quijote y "curarle" de su locura. ¡Ay, madre mía!

La verdad es que el bachiller Sansón Carrasco, que cree saberlo todo "científicamente", no entiende nada de nada. Puede que don Quijote esté chiflado, pero su chifladura se parece a la de los artistas, los poetas o los santos. Es una chifladura que hace pensar a los sensatos y que sirve de ejemplo. Cuando se lanzó a recorrer el mundo a lomos de un humilde rocín y empuñando su lanza, don Quijote envió un mensaje a todas las personas de buena voluntad: dice que cada hombre debe luchar por lo que considera justo y ayudar a quienes ve en peligro aunque todo el mundo se ría de él y aunque se lleve una buena zurra de vez en cuando. Alonso Quijano tiene un cuerpo delgaducho y no muy

fuerte, con más años que músculos; pero su alma es joven, valiente y generosa como la de los héroes antiguos. El alma de Alonso Quijano se llama don Quijote. Y lo que cuenta de verdad es la fuerza del alma, no la del cuerpo: a don Quijote le derriban muchas veces de su caballo, pero nadie logra descabalarle nunca de sus ideales. Lo que necesita de verdad don Quijote no son médicos que le curen sino compañeros que le imiten.

En cierto modo, el bachiller Sansón Carrasco es un imitador de don Quijote: se disfraza dos veces de caballero andante, la primera como Caballero de los Espejos y la segunda como Caballero de la Blanca Luna. Pero su propósito no es luchar contra magos y otros malandrines, sino vencer a don Quijote para así convencerle de que debe volver a casa. El bachiller quiere "meter en razón" a don Quijote, sin darse cuenta de que para "meterle en razón" tiene que sacarle de su poesía. Y tampoco advierte que de este modo va a convertirse involuntariamente en su asesino. Don Quijote, vencido pero no convencido por Sansón Carrasco, vuelve a su casa y a llamarse otra vez Alonso Quijano para morir pocos días después. Es que ha perdido su alma quijotesca y sin alma no se puede vivir.

CHAKA

LA MALDICIÓN DE CHAKA. H. RIDER HAGGARD

Pregúntale a aquel de tus amigos que consideres más culto cinco nombres de genios militares de la historia. Te hablará de Alejandro Magno, de Julio César, de Napoleón... incluso puede que te mencione a Gengis Kan y a Rommel. Pero segurísimo que no pronuncia este nombre: Chaka. Y sin embargo algunos expertos consideran a Chaka tan buen estratega como los otros grandes generales. Lo que pasa es que cuando hablamos de "historia" nos referimos al pasado de Europa y América, con algunas pocas referencias -muy poquitas- a Asia. Pero Chaka pertenece al pasado de África y además del África más desconocida, menos "histórica": el África negra. En ese continente, Chaka dejó su huella. A finales del siglo XIX fundó el imperio Zulú, derrotando a numerosos jefes enemigos, y luego venció varias veces a tropas de europeos, sobre todo ingleses. Para los zulúes, Chaka es un mito y casi un dios, una combinación de Carlomagno con el dios Marte y el apóstol Santiago Matamoros (en este caso, "Mataingleses"). Pero no le busques en nuestros libros de historia porque seguro que no encuentras nada sobre él...

Admito sin sonrojarme que a los genios militares no les tengo demasiada simpatía. Me parecen carniceros ilustres y poco más. Prefiero a los poetas, a los artistas y a los inventores que hacen más bonita o agradable la vida de los humanos. ¡Si yo conociese al descubridor del jamón de Jabugo, para él sería la más alta de mis condecoraciones! De modo que tampoco Chaka me parece un personaje digno de gran cariño. La verdad, todo lo contrario. Chaka fue un tirano sanguinario que mató a muchos enemigos de su pueblo, pero también a muchísimos colegas de su propia tribu. Sus guerreros iban a la batalla con un coraje desesperado porque su única oportunidad de salvar el pellejo era vencer; si eran derrotados y huían, el propio Chaka se encargaba de liquidarles entre atroces tormentos. Para que te hagas una idea de cómo fue el angelito: convencido por una antigua maldición de que sería uno de sus hijos quien le matase, Chaka no quiso tener descendencia y asesinó en la cuna a todos los niños que dieron a luz sus numerosas mujeres. Bueno, a todos no, porque no pudo impedir que uno de ellos sobreviviese. Ya puedes imaginarte lo que ocurrió: el niño creció entre mil peligros y aventuras, llegó a hacerse hombre... y finalmente acabó matando a Chaka. ¡No hay quien pueda con las maldiciones!

Probablemente la historia de los países llamados "civilizados" conoce también el caso de otros jefes asesinos tan detestables como Chaka, pero peores debe haber habido pocos. Y sin embargo su energía diabólica, su coraje y su pericia bélica le dan cierta grandeza: fue siniestro y dañino pero enorme, como un feroz huracán. Desde lejos se le puede admirar un poco: lo que resulta imposible es "quererle". A diferencia de Julio César o Napoleón, ni siquiera fue capaz de fundar instituciones o promulgar leyes que mejorasen la convivencia de su pueblo. Cuando dejó de inspirar terror, quedó poca cosa de él.

Pero el protagonista de La maldición de Chaka no es el propio tirano sino Umslopogaas, el hijo que escapó de sus garras y que años más tarde le asesinó. Umslopogaas fue valiente y fuerte como su terrible padre, pero mucho más humano. El autor de la novela, sir Henry Rider Haggard, hizo también aparecer a Umslopogaas como personaje secundario en su obra más conocida, de cuyo título al menos seguro que te acuerdas: Las minas del rey Salomón. Rider Haggard fue cazador y explorador en esas mismas tierras africanas donde transcurren la mayor parte de sus relatos. Aunque escribió demasiado y no todo le salió igual de bien, creo que podemos considerarle como uno de los grandes novelistas de aventuras. Puedes leer sus libros con confianza: unos te gustarán más que otros, pero me parece que ninguno te aburrirá.

En La maldición de Chaka hay mucha sangre y escenas tremendas; hay hombres que viven entre lobos y que se comportan peor que las fieras; hay espíritus y brujerías... Pero también hay una hermosa historia de amor, extraña y triste. A pesar de que los amores entre Umslopogaas y Nada el Lirio acaban trágicamente, después de terminar la lectura de la novela seguimos acordándonos de ese cariño imposible mejor que de la crueldad estéril de Chaka. Será porque, como dicen los poetas, el amor es más fuerte que la misma muerte.

LADY MACBETH

MACBETH. WILLIAM SHAKESPEARE

Te habrás fijado en que los malvados de los que hablamos en este libro son varones (o machos, como prefieras), salvo los velocirraptos hembras que aparecerán después. No vayas a creerte que considero buenas a todas las mujeres: pero resulta que en la mayoría de las historias que pueden interesarnos aquí los malos son "ellos". Las chicas suelen interpretar siempre uno de estos dos papeles: el de novias o el de víctimas. En ciertos casos especialmente emocionantes son a la vez novias y víctimas, pero no te preocupes que al final su novio protagonista las salva. Hacer de novia o hacer de víctima son papeles que tienen en común una cierta pasividad: dependen más o menos de los hombres, que son los que conquistan, raptan, luchan y saben dar el beso mágico que despierta a la princesa dormida. También para hacer el mal hay que tener fuerza y energía (nadie es verdaderamente malo si se limita a desmayarse, pedir socorro o huir), y durante siglos se dio por supuesto que los hombres eran más fuertes y enérgicos que las mujeres, de modo que debían ser malos más eficaces que ellas.

Pero esos prejuicios son cosa del pasado. En la época actual las mujeres se han liberado y desempeñan cualquier papel social igual de bien (o de mal ...) que los hombres. En la literatura y en el cine son ya protagonistas: las vemos triunfando como detectives, como espías, como pistoleras del Oeste o enfrentadas a los enemigos del espacio como la princesa Leia de Star Wars. Y por supuesto en muchas novelas las encontramos haciendo de malvadas asesinas o de jefas de una banda de gánsters. De modo que cuando dentro de cien años alguien vuelva a escribir un libro como éste, por lo menos la mitad de sus malos y malditos serán malas y malditas. Pero ahora tendrás que contentarte con un solo ejemplo de villanía femenina.

A pesar de cuanto te he dicho, los relatos de todas las épocas hablan al menos de un tipo de mujer peligrosa y siniestra: la bruja. No me refiero solamente a la bruja de los cuentos, esa vieja de nariz ganchuda con sombrero de copa puntiaguda que se pasa la vida canturreando hechizos mientras revuelve un enorme caldero en el que se cuecen sapos y murciélagos. Ya sabes, esas señoras raras aficionadas a viajar montadas en una escoba y a repartir manzanas envenenadas entre las niñas tontas. No tengo nada contra esas brujas, que me resultan hasta simpáticas... por lo menos mucho más simpáticas que los inquisidores que se empeñaban en llevarlas a la hoguera. Pero hay historias que hablan de otras brujas, de brujas que no tienen por qué ser viejas y a veces son incluso muy guapas, de brujas que no lanzan sortilegios ni conjuros mágicos pero que se las arreglan para hacer daño a los hombres con otro tipo de hechizos. Hay maleficios muy poderosos que nada tienen que ver con lo sobrenatural ni necesitan para funcionar un caldero lleno de víboras cocidas: la astucia, la mentira, la adulación tentadora y hasta la belleza también son encantamientos.

Una de las brujas más terribles de la literatura es lady Macbeth, personaje creado por el gran poeta inglés William Shakespeare en su tragedia Macbeth. Como sabes, se trata de una obra de teatro aunque si te resulta todavía demasiado difícil leer directamente a Shakespeare puedes encontrar buenos resúmenes de Macbeth, Romeo y Julieta, Hamlet y las demás principales piezas de Shakespeare en los útiles Cuentos basados en Shakespeare de Charles Lamb. Lo cual no te impedirá ver en cuanto puedas representaciones de esas maravillas, porque gozar el teatro de Shakespeare constituye un privilegio al que nada debe hacerte renunciar.

Macbeth es una tragedia llena de brujas. Las hay de las tradicionales, esas del caldero y los murciélagos de las cuales hemos hablado antes. Hacen profecías diabólicamente engañosas y a fin de cuentas resultan ser siniestras, pero su aspecto es tan estafalario que se divierte uno con ellas. La mala de verdad es lady Macbeth. No es vieja ni me la imagino fea: quizá se pareciese un poco a la madrastra de Blancanieves antes de convertirse en ancianita vendedora de manzanas. Pero es ella la que alienta la ambición de su marido, la que acaba convirtiéndole en un asesino de bondadosos reyes dormidos y hasta de niños. ¡Espantoso poder el de la bruja lady Macbeth: hacer irresistible la tentación criminal! Aunque Shakespeare nos cuenta inolvidablemente su castigo. Al final enloquece, intentando lavar sus manos de una mancha maldita de sangre que sólo ella puede ver...

EL CERDO "NAPOLEÓN"

REBELIÓN EN LA GRANJA. GEORGE ORWELL

¿Son fieles los perros? ¿Son astutos los zorros? ¿Tienen buena memoria los elefantes? ¿Destacan las hormigas por ser muy ahorrativas y las cigarras por resultar demasiado imprevisoras? ¿Es cruel el tigre y pacífica la paloma y madrugador el gallo y bailarín el oso y valiente el león y estúpido el asno y feroz el lobo y sucio el cerdo y malvada la serpiente y.. ? Puede que este reparto de buenas y malas cualidades sea acertado en algunos casos, pero otras muchas veces se equivoca por completo (las palomas son muy agresivas, por ejemplo, y los asnos, nada tontos. Lo cierto es que los humanos vemos a los animales desde nuestro punto de vista y les convertimos en ejemplos de vicios o virtudes que nos interesan mucho a nosotros pero no a ellos.

A lo largo de la historia de la literatura, algunos escritores han utilizado a los bichos para dar lecciones o enviar mensajes a los humanos. Esos cuentos protagonizados por animales poco "animalescos" y muy humanizados, que se nos parecen en demasiadas cosas, que hablan, hacen casas, tienen reyes, etc., suelen llamarse "fábulas". Seguro que te acuerdas de algunas muy famosas, como La cigarra y la hormiga, La zorra y el cuervo, La liebre y la tortuga, El lobo y los tres cerditos, etc... En cada una de las fábulas se plantea el enfrentamiento entre un animal que representa un comportamiento malvado o imprudente y otro bicho que se porta con bondad o con prudencia. El resultado es que el malo y sobre todo el imprudente resultan castigados por su avaricia, por su ignorancia, por su descuido o por su falsedad. Al final cada fábula tiene su "moraleja"; es decir, una pequeña lección que nos enseña lo que hay que hacer o lo que debemos evitar. A veces las fábulas son bastante crueles y yo no te recomiendo que hagas caso de algunas moralejas. A mí la pobre cigarra me ha caído siempre muy bien, ya ves, y la hormiguita hacendosa me parece una antipática y una egoísta de cuidado...

Una de las fábulas más emocionantes y terribles escritas en nuestro siglo se llama Rebelión en la granja. ¿La recuerdas? Los animales de una granja se rebelan contra el amo que los tiraniza, un hombre brutal. Logran expulsar al amo y organizan la granja de modo que todos -las gallinas, los perros, los caballos, los cerdos, el asno, etc...- tengan igual derecho a disfrutar de lo que consiguen con su trabajo. Pero poco a poco los cerdos, dirigidos por uno muy listo llamado Napoleón, se van convirtiendo en los nuevos amos de la granja: trabajan cada vez menos, se apoderan de los mejores bocados, tienen todo tipo de privilegios, amenazan e incluso matan a quienes no les son ya útiles, etc... Napoleón acaba siendo un tirano peor que el antiguo dueño de la granja.

Uno de los trucos que utiliza para conseguir mandar sobre el resto de los animales es la propaganda: se las arregla para cambiar la historia de las luchas que han mantenido contra los humanos, de modo que siempre parece que él fue un héroe, y sus rivales, cobardes o traidores. También modifica con astucia las leyes que habían establecido los animales de la granja: por ejemplo, donde ellos pusieron "todos los animales son

iguales", Napoleón pondrá "todos los animales son iguales, `pero unos son más iguales que otros`".

¿Cuál es la moraleja de esta fábula? Que el poder es algo muy peligroso y que siempre hay algunos que están dispuestos a cualquier cosa -la mentira, el crimen, lo que sea- con tal de dominar a los demás y aprovecharse de ellos. George Orwell, el autor de Rebelión en la granja, estaba pensando en Stalin cuando inventó al cerdo Napoleón; pero la moraleja de esta fábula sirve también para cualquier otro dictador, como Hitler, Mao-Tse-Tung, Franco, etc... La única solución para evitar que alguien se haga el amo de la granja o del país en que vivimos es el sistema democrático: que sólo mande quien haya sido elegido por la mayoría y que deje de mandar cuando la mayoría decida que no le gusta cómo está mandando. ¡Ah, y cuidado con las falsificaciones de la historia o de las leyes, porque no faltará algún cerdo que se aproveche de ellas!

EL ASESINO DEL MONASTERIO

EL JUEZ DI. ROBERT VAN GULIK

Hace unos cuantos años era corriente que se hablase en libros y periódicos del "oriente misterioso". En las novelas, cada vez que salía un chino o un japonés solía describirse su semblante con frases como ésta: "el rostro impenetrable del oriental...". Los orientales, además de misteriosos e impenetrables, parecían ser diabólicamente astutos o venerablemente sabios, o enigmáticos, o refinadamente crueles, o... en fin, que siempre resultaban un poco "raros". Pero, ¿son tan raros y misteriosos los orientales? La verdad es que no son ni más raros ni más misteriosos de lo que somos los demás. El supuesto "misterio impenetrable" de los orientales se basaba en lo lejos que viven de nosotros (¡imagínate lo que se tardaba en llegar a Tokio o en venir desde Tokio antes de que se inventara el avión! y en que pocos occidentales conocían sus idiomas o sus costumbres. Ahora podemos trasladarnos hasta el oriente más remoto en unas cuantas horas, tú te diviertes mucho viendo en televisión mangas japoneses y yo llevo una camisa made in Taiwan de modo que los orientales empiezan a resultarnos menos extraños de lo que fueron para nuestros abuelos.

Hay gente a la que le gusta viajar para descubrir lo diferentes que son las formas de vivir en cada uno de los países. Y tienen razón, porque las maneras de comer, de hablar, de rezar, de divertirse, de relacionarse los hombres con las mujeres, de educar a los hijos, de organizar el trabajo, etc... son apasionantemente diversas. Pero los que además de viajar también piensan, se dan cuenta de que, por debajo de tantas diferencias, hay muchos parecidos entre las personas. Después de recorrer bastantes países y de tratar a mucha gente, me atrevo a decirte que es más importante aquello en lo que nos parecemos los humanos que todas nuestras diferencias culturales.

¿Te cuento un cuento chino? Un joven emperador, al comienzo de su reinado, reunió a los sabios más importantes del país y les ordenó que escribieran una gran obra explicando cómo son los hombres. Quería estudiarla para comprenderlos y gobernarlos mejor. Pasaron diez años y al final los sabios ofrecieron al monarca una enciclopedia en cincuenta volúmenes con todo tipo de detalles sobre las peculiaridades de la vida humana. El emperador, ocupado desde hacía una década en las tareas de gobierno, dijo que no tenía tiempo para leer algo tan extenso y pidió un resumen. Los sabios trabajaron diez años más y volvieron con cinco volúmenes de mil páginas cada uno. Envuelto en guerras y problemas económicos, el emperador se impacientó ante tan minuciosa sabiduría: "¿Cómo voy a leer algo tan larguísimo? ¡Abreviad, abreviad!". Diez años después retornaron los sabios con un solo volumen bien voluminoso. Pero el emperador estaba ya en su lecho de muerte, incapaz de leer nada de nada. Entonces, el mayor de los sabios se acercó a su oído y le susurró: "Todos los hombres nacen, aman, luchan y mueren". Con un suspiro, con su último suspiro, el emperador asintió.

Una de las cosas que se dan en todos los países, sean orientales u occidentales, es el delito. En ninguna parte faltan malvados dispuestos a cometer crímenes y a disimular para que luego no les castiguen por ellos. De modo que también tendrá que haber en cualquier país bien organizado defensores de la ley capaces de descubrirles para que no se salgan con la suya. Por ejemplo, en la China del imperio Tang, allá en el siglo VII después de Cristo. Durante aquellos tiempos, los reinos europeos vivían en un desorden bastante bárbaro pero, en cambio, China era un Estado muy civilizado, culto y donde se hacían respetar las leyes. Y en esa época vivió el juez Di (o Ti, según otros traductores, que fue algo así como un Sherlock Holmes chino, un gran detective devoto de Confucio y del razonamiento lógico...

A diferencia de otros personajes de este libro, el juez Di existió realmente, aunque la mayoría de las aventuras que puedes leer de él fueron inventadas por el antropólogo Robert van Gulik, un estudioso de la China antigua que además tuvo gran talento literario. Las novelas protagonizadas por Di son tan interesantes como las mejores del género policíaco, pero sirven también para conocer cómo vivían y pensaban esos orientales que, gracias a Van Gulik, nos resultan más familiares que misteriosos. ¿Y el asesino del monasterio encantado? Ah, no pienso decirte nada sobre él... o ella. Tendrás que leer la novela y esperar a que lo descubra el sagaz juez Di.

LOS MARCIANOS

LA GUERRA DE LOS MUNDOS. HERBERT GEORGE WELLS

Aprovechando que la noche es clara, levanta la vista y mira al cielo cuajadito de estrellas sobre nuestras cabezas. Una simple ojeada descubre cientos de astros brillando en la oscuridad y si tuviésemos un buen telescopio podríamos ver muchos miles más. Algunos quizá no existan ya: en el tiempo que su luz tarda en llegar hasta nosotros, se habrán apagado para siempre. Mirando por el telescopio distinguimos también unas vagas formas blanquecinas que son otras galaxias, compuestas a su vez por millones y millones de sistemas solares como el nuestro (es decir, una estrella con varios planetas girando a su alrededor. Y más allá debe haber galaxias remotísimas que nunca veremos porque su fulgor no llega hasta aquí, pero que suponemos formadas también de modo parecido a nuestra Vía Láctea. Y aún más allá... bueno, digan lo que digan los astrónomos, la verdad es que nadie sabe qué hay más allá.

Y ahora viene la pregunta, la gran pregunta, la pregunta del millón: ¿Estamos solos en el universo? ¿No habrá en alguno de esos billones de planetas algún tipo de vida inteligente (aunque no sea muy inteligente, aunque sólo sea como la vida humana) ¿Es posible que no haya otros seres que se nos parezcan un poco, seres que amen y que odien, que hagan planes para el futuro, que teman a la muerte y que critiquen al gobierno? El cálculo de probabilidades indica que debe haberlos, aunque quizá demasiado lejos como para que nunca nos enteremos de su existencia ni ellos de la nuestra. Si los hay, ¿cómo serán? ¿Qué pensarían de nosotros si nos conocieran? ¿Y qué pensaríamos nosotros de ellos? ¿Y si estuviesen más cerca de lo que creemos y ahora nos estudiaran a distancia para conocernos mejor? ¿Y si... y si un día vienen por fin a visitarnos?

Los escritores de ciencia ficción utilizan desde hace mucho su fantasía para imaginar cómo será ese encuentro con los seres de otros planetas. Si llegan a la Tierra, sólo de una cosa podemos estar seguros: su desarrollo tecnológico ha de ser aún más avanzado que el nuestro, porque los humanos sólo podemos viajar hasta los astros más próximos en los que no parece haber vida de ninguna clase, de modo que nuestros visitantes vendrán de más lejos.

Bien, pongamos que en cuestión de ciencia merecen un sobresaliente. Pero, ¿y lo demás? Los novelistas se han imaginado a los extraterrestres de todos los tamaños y formas posibles: enormes y diminutos, verdes, rojos o amarillos, con tentáculos, con aspecto de insectos, con cara de pez, con un cráneo enorme y calvo (signo de su despiadada inteligencia, vestidos de blanco y resplandecientes como los ángeles, etc... Arthur C. Clarke, en su novela *El final de la infancia*, cuenta el caso de un visitante espacial que ayuda a los humanos pero nunca sale de su nave para que le vean: al final nos enteramos de que tiene cuernos, rabo y patas de cabra como el demonio de nuestras leyendas, por lo que ha preferido mantenerse oculto para no asustar.

En general, los seres imaginarios de otros planetas se dividen en dos grandes familias. Una de ellas la forman E.T y compañía, es decir, los extraterrestres amistosos y bonachones que acaban maltratados por los humanos, quienes, como se sabe, somos bastante brutos. La otra familia es la de los invasores llegados del espacio con las peores intenciones: apoderarse de nuestra vieja Tierra y convertir a los humanos en esclavos. El modelo de esta temible raza extraterrestre son los marcianos de La guerra de los mundos

Yo diría que esta novela es una de las más emocionantes y angustiosas que nunca se han escrito. Los marcianos (H. G. Wells hizo que sus conquistadores vinieran de Marte porque en su época se suponía que era el planeta más apto para la vida y los astrónomos creían ver en él unos enormes canales que parecían artificiales) son prácticamente invencibles. Aunque todos los gobiernos se unen para luchar contra ellos, van apoderándose poco a poco de las grandes ciudades y destruyendo a sus defensores. Al final, los humanos nos salvamos gracias a un aliado inesperado: los microbios, contra los cuales los organismos marcianos no tienen protección. Pero, ¡menudo susto! El relato es tan verosímil que una adaptación para la radio provocó el pánico entre los oyentes de EE UU: creyeron que estaban siendo invadidos de verdad... Por cierto, ¿hará falta un ataque extraterrestre para que todos los pueblos de la Tierra unamos nuestras fuerzas y vivamos como auténticos hermanos?

EL CAPITÁN NEMO

20.000 LEGUAS DE VIAJE SUBMARINO. JULIO VERNE

Todo lo que hay sobre la superficie terráquea de nuestro mundo -animales, vegetación, montañas, precipicios, hermosos paisajes...- resulta poca cosa si se lo compara con lo que se oculta bajo la superficie de los océanos. Busca lo que quieras, una fiera, una selva, minas de metales preciosos, alimento para media humanidad, volcanes, cualquier cosa: lo encontrarás bajo el mar, mayor y más impresionante que en tierra firme. No sabemos lo que podemos hallar en otros planetas porque aún no hemos ido hasta allí, pero tampoco conocemos todo lo que se oculta en el fondo del mar, a pesar de que lo hemos explorado bastante y lo tenemos mucho más cerca. Cada viaje que hacemos a las profundidades oceánicas revela insólitas maravillas. A veces topamos con un ser antediluviano, como el celacanto, y otras veces con algas que quizá puedan acabar con el hambre en el mundo o con abismos que desafían a los vértigos de nuestra imaginación. La verdad es que bajo la superficie marina resulta complicado respirar y no es imposible que se lo coman a uno, pero es difícil aburrirse.

La navegación bajo las aguas tiene algo de milagroso y hasta de paradójico: después de todo, los buques están hechos para flotar y no para hundirse. El submarino es un barco que se hunde y sin embargo sigue comportándose como una nave, es decir: viaja de un sitio a otro. A pesar de que la idea resulta a primera vista extraña, se le ocurrió a los hombres hace siglos. Cuentan que el conquistador griego Alejandro Magno ya intentó descender al fondo del mar dentro de una campana de cristal y también Leonardo da Vinci, el gran artista del Renacimiento, dibujó planos de un barco submarino. A pesar de que lograr un vehículo semejante no podía ser cosa sencilla, era inevitable que los humanos se empeñaran en conseguirlo. Después de todo, la curiosidad por lo que hay allí "abajo", detrás de la verde piel del mar, siempre fue una tentación demasiado fuerte.

Tú has tenido la suerte de nacer en una época en que la navegación submarina es ya algo bastante corriente. Estás acostumbrado a ver esos enormes tiburones de acero dentro de los cuales viajan los hombres a las profundidades y también conoces los equipos de buceo que les permiten nadar durante horas bajo el agua para explorar ese continente silencioso. Todos hemos podido ver fotografías y películas que muestran, al menos en parte, su flora, su fauna y su emocionante paisaje. A lo mejor (es decir: a lo peor) esas imágenes ya no te producen sorpresa ninguna. Pero si quieres volver a sentir el escalofrío de asombro y de aventura que marcó las primeras travesías bajo el océano, aún puedes conseguirlo. ¿Cómo? Leyendo una novela, a mi juicio una de las más bellas de toda la historia de la literatura: 20.000 leguas de viaje submarino. Y lo más notable es que ese libro lo escribió un hombre que nunca había visto un submarino ni una fotografía de las profundidades, porque nada de eso existía aún. Decididamente, para bucear como es debido no hay nada mejor que la imaginación...

Ese hombre de portentosa imaginación se llamó Julio Verne y fue especialista en acertar profecías científicas. En sus novelas no sólo aparece el submarino antes de que se construyera el primero de ellos, sino también el cohete que viaja a la Luna, el satélite artificial, el cinematógrafo y hasta la silla eléctrica. Más que anunciar cómo funcionarían esos inventos futuros, describió las aventuras singulares que correrían los hombres al utilizarlos.

En gran medida, el encanto de 20.000 leguas de viaje submarino (aparte de su estupendo título, tan largo casi como el viaje mismo) se debe a la fascinación que su personaje principal -el capitán Nemo- ejerce sobre el lector. De vez en cuando, los libros le hacen a uno conocer a personajes así, tan inolvidables como los mejores amigos de la vida real. El capitán Nemo no es propiamente un malo, sino un maldito, alguien que se aparta de los hombres porque los hombres le han hecho demasiado daño. También él causa dolor a otros, pues para vengarse de quienes han humillado a su pueblo hunde barcos donde viaja gente inocente. Pero también es capaz de arriesgar su vida para salvar a un pobre pescador de perlas indio de las fauces del tiburón que va a devorarlo. El capitán Nemo es altivo y misterioso, a veces terriblemente testarudo, pero el lector no puede remediar sentir respeto y hasta cariño por él. Por eso Julio Verne le hizo reaparecer otra vez, cuando ya le dábamos por muerto, en La isla misteriosa. Y con Nemo vuelve por última vez a la superficie su fiel Nautilus, el primero de todos los submarinos conocidos y el último que olvidaremos.

MONTRESORS

EL BARRIL DE AMONTILLADO, EDGAR ALLAN POE

Supongo que ya te habrás dado cuenta de que los humanos somos especialistas en hacernos pupa unos a otros. Atacamos a nuestros semejantes con cualquier pretexto... ¡y a veces sin pretexto alguno, sólo por fastidiar! De todos los motivos que suelen darse para explicar esas agresiones (ambición, orgullo, miedo al prójimo...) el más implacable y terrible de todos es la venganza. El deseo de venganza resulta casi una enfermedad, una fiebre que el termómetro no sabe medir pero que trastorna más que cualquier otra calentura.

Lo peor es que la venganza siempre quiere causar un daño mucho mayor que el que le hicieron antes a uno. En el fondo, el vengativo se considera infinitamente mejor que todos los que le rodean, y cualquier ofensa trivial, por pequeña que sea, le resulta insoportable. "¡A mí! -dice por dentro, loco de rabia- ¡Hacerme eso a mí!". Y todo le parece poco para castigar a quien se ha atrevido a fastidiarle, incluso aunque el otro lo haya hecho sin querer. Según cuentan, Caín mató a su hermano Abel para vengarse porque pensó que todos le querían más que a él. Abel no tenía ninguna culpa de eso, pero... ¡vete a contárselo a Caín! El colmo de la venganza ridícula (y todos los vengativos son un poco ridículos, a fin de cuentas) es un chiste que leí hace tiempo. Un marido de cara feroz mira a su mujer y gruñe: "¡Qué fea eres! ¡Me vengaré!".

A diferencia de algunas largas novelas de las que te he hablado en este librito, El barril de amontillado es un cuento de pocas páginas. Pero esas páginas fueron escritas por uno de los mejores narradores que ha habido, Edgar Allan Poe, y tienen una fuerza terrible. Es una de esas historias que lees en una hora y ya no se te olvida en toda la vida. Te lo advierto como amigo: ten cuidado con Poe. Sus cuentos suelen ser estupendos pero pueden convertirse después en obsesivas pesadillas. Pregúntale a Stephen King o a cualquiera de los que hoy escriben relatos de terror quién es su maestro. Cada uno te dirá varios nombres de sus escritores preferidos, pero te apuesto lo que quieras a que el primero siempre es el mismo: Edgar Allan Poe.

El barril de amontillado es la historia de una venganza, contada por el vengativo que la ejecuta. Poe ni siquiera se molesta en decirnos cuál es la ofensa que sirve de pretexto a esa venganza tremenda. Da igual. Montresors, el narrador del cuento, es un vengativo casi profesional. Por lo visto le viene de familia, porque su escudo presenta una serpiente que muerde el pie que la pisa y esta leyenda: Nemo me impune lacessit, que quiere decir en latín "nadie me ofende impunemente". Con Montresors más vale no andarse con bromas, porque se venga a las primeras de cambio... Pero Fortunato, un tipo vanidoso y muy satisfecho de sí mismo, se ha atrevido a injuriarle. Ya te digo que no sabemos cómo, ni por qué: el cuento no trata de los motivos de la venganza sino de cómo la venganza es llevada a cabo.

Para vengarse, lo primero es saber disimular. Incluso hay que fingir amistad con aquel de quien queremos vengarnos, para que no sospeche nada cuando nos acerquemos a él. Montresors se comporta con Fortunato como si le admirase y apreciase mucho: ese Montresors no sólo se parece a la serpiente por ser vengativo sino también por su astucia. Segunda lección para vengativos: hay que conocer bien los puntos débiles del adversario. Dos de las cosas que más le gustan a Fortunato son darse importancia y beber, como Montresors sabe perfectamente. De modo que le tienta con un fantástico barril de vino español (la cuna del amontillado es Montilla, en Andalucía) que sólo él será capaz de juzgar. Fortunato piensa que está de suerte: podrá pavonearse un poco haciéndose el entendido y además se echará un buen trago... o dos. No sabe que le preparan un vino más amargo que el amontillado prometido. Como están en carnavales, el incauto Fortunato va vistosamente disfrazado de payaso; Montresors, en cambio, lleva un disfraz que nadie nota, el de buen amigo de aquel a quien va a matar.

La venganza es horrible porque una vez puesta en marcha nadie puede pararla: yo me vengo de ti, tu hijo se venga de la venganza que has sufrido, un amigo mío se venga de tu hijo, un amigo de tu hijo se venga de mi amigo... Y esa rueda diabólica no acabará hasta que alguien sea capaz de perdonar o de olvidar. ¿No crees que sería mejor haber empezado por ahí?

LA CRIATURA

FRANKENSTTIN. MARY SHELLEY

A fuerza de empeño y ciencia, los hombres hemos ido inventando las cosas más asombrosas: luz para ver en la oscuridad, alas para volar, proyectiles que pueden destruir una ciudad entera desde lejos, ríos domesticados que suben hasta un octavo piso y fluyen mansamente con sólo girar un grifo, bocinas para hablar desde casa con cualquiera en cualquier continente... y tantas herramientas más que probablemente tú conoces ya mejor que yo. Lo que aún ningún sabio ha logrado hacer es resucitar a los muertos o crear un ser humano en un laboratorio por medios artificiales. Devolver la vida o promoverla a partir de cero son habilidades supremas que nadie tiene, salvo los dioses o la Naturaleza. Quizá sea mejor así, ¿no te parece? Hay cosas con las que no conviene jugar...

A comienzos del siglo pasado, una jovencita tuvo una pesadilla y escribió la historia terrible de un científico que fabrica una criatura cosiendo pedazos de cadáveres. Aún peor: consigue que ese monstruo viva, sienta, piense e incluso que "hable". ¿Acaso habrá algo más espantoso que tener conciencia de que uno no es más que un experimento brotado de un cementerio, que no tenemos padres ni familia, que los demás seres humanos se horrorizan de nuestro aspecto y que nunca lograremos encontrar un semejante, un hermano? La criatura del doctor Frankenstein sabe todo eso y sin embargo tiene que seguir viva. Para los demás, la vida es un gozo o por lo menos una posibilidad de gozo; para la criatura, en cambio, es la peor de todas las condenas.

Ese pobre monstruo construido por el doctor Frankenstein comete muchas fechorías, desde luego. Siembra el pánico por donde pasa y hasta llega al crimen. Pero de todos los "malos" de la literatura, yo creo que es el que más justificación tiene para comportarse de forma abominable. Por favor, dime sinceramente lo que hubieras hecho tú en su lugar. ¿Puede alguien ser bueno cuando nadie te trata como a un semejante, cuando te toman por una caricatura horrible de un ser humano y no por un ser humano como los demás, cuando todo el que te mira siente un escalofrío o una invencible repugnancia? La propia criatura se lo explica muy bien a su inventor, diciéndole: "Soy malo porque soy desgraciado". El doctor Frankenstein no sabe qué contestarle porque la desolada criatura tiene mucha razón.

No sé si a ti te pasará lo mismo, pero a mí el monstruo de Frankenstein me produce más compasión que miedo. Y hasta me causa una cierta temblorosa simpatía. ¡Está tan solo, tan "irremediabilmente" solo! Hay en la novela de Mary Shelley un momento que provoca auténtico susto. Es de noche y el doctor Frankenstein duerme en su cama un sueño lleno de sobresaltos; de pronto se despierta, abre los ojos a la vaga luz de la luna y ahí mismo, junto a la cabecera, está la criatura: mirándole con mala cara... porque no tiene otra. Te confieso que cuando leí esa página por primera vez se me pusieron los pelos de punta: ¿quién no ha temido alguna vez despertarse en la cama y encontrar muy cerca algo o alguien amenazador? Pero luego se me pasó el sobresalto y sentí cierta

emoción, imaginando a ese monstruo abandonado que nunca podrá dormir porque le han obligado a despertarse del sueño de la muerte.

La historia de Frankenstein y su criatura (a la que todos solemos llamar también "Frankenstein", como un hijo que recibe el apellido de su padre es un cuento de terror pero que encierra, al menos, dos lecciones de moral. La primera es que no todo lo que la ciencia sabe hacer tiene derecho a hacerse: sobre todo cuando se trata de enredar con la vida humana, inventando un pobre ser que viene al mundo no como fruto del amor de una pareja sino como resultado de un caprichoso experimento. La segunda lección es que antes de llamar "malo" a otro tenemos que intentar comprender sus circunstancias. ¿Acaso tenemos derecho a exigir que alguien sea bueno cuando no se le respeta ni se le quiere, cuando todos le huyen o le persiguen, cuando ninguno intenta remediar su desamparo? Nadie puede portarse humanamente si no le tratamos con humanidad: cualquiera al que los demás apartan como si fuera un monstruo terminará siendo un auténtico monstruo, de veras.

DOMINGO

EL HOMBRE QUE FUE JUEVES • GILBERT K. CHESTERTON

Supongo que ya te habrás dado cuenta de que las personas no siempre son lo que parecen: es más, a veces son lo "contrario" de lo que parecen. Por ejemplo, el chico que parece más modosito y aplicado de la clase, resulta que organiza los mayores follones sin que nunca le pillen: el profe, que no se entera, se lo pondrá a los demás como ejemplo de buena conducta hasta el día de su muerte. Y al revés, porque hay muchos que nunca se meten en nada o no arman más jaleo que los otros, y siempre terminan pagando los platos rotos: el profe está convencido de que son verdaderos monstruos, con cuernos y rabo... En fin, que muchas veces no valoramos a los demás por lo que de verdad son, sino sólo por lo que parece a primera vista que son o por lo que otros dicen que son. A eso se le llama tener "prejuicios". Y con prejuicios se equivoca uno mucho, porque no todas las chicas guapas son tontas, ni todos los tíos fuertes son brutos, ni a todos los valencianos les gusta la paella, ni...

En este libro vamos viendo que no todos los malos que aparecen en los relatos son tan "malos" como suele creerse. Intentemos imaginarnos al malo más malísimo que puede haber. Para estar seguros de no equivocarnos, podemos preguntar a personas respetables: por favor, don Fructuoso, o doña Virtudes, dígame cómo será el malo más malo del mundo. Y es probable que don Fructuoso y doña Virtudes nos contesten a coro: el malo malísimo, el malo monumental, el Induráin de los malos, es el que quiere destruirlo todo, el que pretende aniquilar el orden y las buenas costumbres, aquel que disfrutaría viendo hecho pedazos el planeta entero; ese malo espantoso se frotará las manos de gusto si logra asesinar a cuanto policía se le ponga a tiro, después a los reyes y jefes de gobierno, y luego, cuando se los haya cargado a todos, intentará matar a Dios. En fin, ¡qué malo más malo, qué barbaridad!

Hay una novela, extraña pero muy divertida, en la que sale un malo tan tremendamente perverso como ése. Su título también es misterioso: El hombre que fue jueves. Y se subtitula una pesadilla, de modo que ya nos advierte el autor que el relato va a tener ese tono desconcertante y a veces un poco absurdo que tienen los sueños. La novela cuenta la historia de un joven policía que intenta acabar con una peligrosa banda de anarquistas cuyo propósito parece ser destruir todo el orden social en que vivimos, cargarse las leyes y los gobernantes, etc... Los siete cabecillas de ese grupo terrorista utilizan como seudónimos los nombres de los días de la semana: lunes, martes... El terrible jefe supremo se hace llamar Domingo y el joven policía (que logra infiltrarse en la banda con el nombre de "Jueves") le considera el peor malvado del universo. Pero luego viene la sorpresa: mejor dicho, muchas sorpresas.

Como las sorpresas deben sorprender y el misterio tiene que ser misterioso, no voy a contarte el resto del argumento. Lo único que te diré es que Chesterton, el autor de la novela, fue un gran bromista literario. Hay quien gasta bromas para hacer reír;

Chesterton escribía bromas para hacer reír pero sobre todo para hacer pensar. Le gustaban las "paradojas", que consisten en decir algo que a primera vista parece un disparate pero luego, cuando piensas un rato, te das cuenta de que es verdad. Por ejemplo: "No hay peor sordo que el que no quiere oír". Al principio parece un disparate, porque el sordo no puede oír, quiera o no quiera. Pero piénsalo bien: como el sordo quiere enterarse de lo que le dicen y comprenderlo, ya se las arreglará de algún modo para comunicarse con los demás; en cambio, con quien no quiere hacer caso de lo que le dicen no hay forma de entenderse. Bueno, pues los libros de Chesterton están llenos de paradojas... aunque bastante más ingeniosas que la del ejemplo.

En El hombre que fue jueves resulta que nada es lo que parece: ni Domingo, ni los demás anarquistas, ni siquiera el policía. Si lees el libro, tú sacarás tus propias conclusiones. Quizá lo que Chesterton insinúa en su novela es que a veces en lo que parece malo hay algo bueno escondido y que esas palabras -"malo, bueno"- deben ser manejadas con muchas precauciones...

GOLLUM

EL HOBBIT Y EL SEÑOR DE LOS ANILLOS • J. R. R. TOLKIEN

Los otros personajes de los que hablamos en este libro realizan sus hazañas o cometen sus fechorías en este mundo que habitamos también tú y yo. En el mar, en la selva, en el pasado remoto, en China o en Inglaterra, incluso viniendo de otro planeta, pero siempre en nuestro mismo universo. En cambio, Gollum habita en un mundo diferente, un territorio que no se encuentra en los atlas corrientes, en el que junto a los hombres viven otro tipo de seres: hobbits, dragones, nazgules, ortos, entes.... A los rincones de ese continente fantástico, pariente de la Tierra de Nuncajamás en la que vivía Peter Pan y del País de Oz de cuyo famoso mago seguro que te acuerdas, no se puede viajar en tren, en avión ni en barco: sólo leyendo. Porque la Tierra Media es propiedad privada del profesor Tolkien, un simpático escritor inglés, aunque la hayamos visitado muchas veces los millones de lectores que disfrutamos con sus libros.

En la Tierra Media hay cosas muy distintas a las que conocemos en nuestro mundo, pero también muchas otras que nos resultan sumamente familiares. En nuestro planeta, por ejemplo, no hay un anillo que haga invisible y conceda poder a quien lo lleva, aunque hay en cambio una cosa llamada "ambición" que se le parece bastante. Quien se pone el anillo mágico de la Tierra Media se siente más fuerte que otros y escapa a sus miradas, pero si se descuida acaba poco a poco dominado por la joya y convertido en enemigo despiadado de todos los demás seres: quiere ser muy poderoso y termina convertido en esclavo maligno. También la ambición nos emborracha con una especial sensación de superioridad y borra a los otros de nuestra vista, de tal modo que dejamos de ver a nuestros semejantes y creemos que ellos tampoco pueden vernos como lo que somos. Pero si seguimos ese camino acabamos no siendo dueños de nada, ni siquiera de nosotros mismos, porque estamos miserablemente poseídos por el ciego afán de poseer. De modo que cuando leemos El hobbit o El Señor de los anillos entendemos muy bien lo que le ocurrió a Gollum, porque sabemos que la ambición del anillo y el anillo de la ambición nos arrastran finalmente a la misma angustia y a la misma soledad.

En los relatos de Tolkien aparecen muchísimos personajes, ¡te confieso que a menudo me parecen demasiados, porque no logro acordarme de todos!, unos amables y otros feroces, unos tiernos y otros crueles, valientes o cobardes, algunos rarísimos y otros tan corrientes como el vecino del piso de al lado. Pero el más patético y desdichado de todos es precisamente Gollum. No siempre se llamó así, porque "Gollum" no es más que un apodo que le pusieron por los ruidos tan raros que hacía con su garganta. Antes se llamó Sméagol y llevó una vida bastante decente y feliz hasta que el anillo se cruzó en su camino. A partir de ese momento comenzó la pesadilla: Sméagol asesinó a su amigo Déagol, que era quien había encontrado el anillo, para apoderarse de la joya mágica. Gracias a ella logró vivir cientos de años, pero con una apariencia física cada vez más aterradora y con un carácter cada vez más desagradable. Expulsado de la convivencia de sus semejantes, Sméagol (que ya era para todos "Gollum") acabará viviendo en cavernas subterráneas, odiando por igual la luz cálida del sol y la fría luz

lunar. ¿Ves? El maldito anillo funciona como ciertas drogas: puede ser bien utilizado, pero resulta muy difícil porque es demasiado poderoso. Parece que concede grandes dones a quien lo usa, pero en realidad le arrebató mucho más y termina destruyéndolo.

Y sin embargo, Gollum no puede renunciar a su "preciosidad". Cuando Bilbo se lo lleva, nada le consuela de esa pérdida y durante años intentará seguir su pista para recuperarlo. Gracias a Gollum -torturado, el pobre: ¡siempre sufriendo por culpa del maldito chisme!-, Sauron se entera de dónde ha ido a parar el anillo que le falta para cerrar el cerco atroz de su poder. Y enviará mensajeros a recuperarlo y Frodo deberá huir con él y comenzarán las mil peripecias de las guerras del anillo y... Pero todo eso te lo ha contado ya Tolkien mucho mejor que yo. Si no conoces la crónica de lo que entonces pasó en la Tierra Media, debes leerla enseguida: merece la pena. Gollum seguirá la pista de Frodo a través de todas sus aventuras, intentando robarle el anillo pero ayudándole también a veces para que no se lo quiten otros. Y finalmente, sin querer, será Gollum quien salve el anillo definitivamente de las garras de Sauron. Aunque a costa de perecer con la joya que tanto quiso y que tan mal le trató.

LOS GRANDES ANTIGUOS

LOS MITOS DE CTHULHU • H. P LOVECRAFT

¿Te gustan los cuentos de terror? Ya sabes que a mí me entusiasman. Si me prometes una historia auténticamente escalofriante, te acompañaré hasta donde sea... es decir, hasta la librería o la biblioteca que me indiques, porque a mí el miedo me gusta sólo leído (bueno, o visto en una pantalla. Es algo muy curioso: en la vida cotidiana, pasar terror no es una sensación agradable. Encontrarte con un navajero cuando vas solo por un callejón oscuro, que te persiga un doberman a campo través o que el profesor decida preguntarte por sorpresa la lección justo el día que ni te la has mirado... vaya, no son experiencias divertidas aunque el escalofrío esté garantizado. Y, sin embargo, leídas en un relato -ésas y otras aún mucho más horrorosas- pueden hacerte pasar un rato estupendo. Notas el "cosquilleo" del miedo, pero sin que llegue a angustiarte del todo. Mira, es parecido a subirte en una montaña rusa: sientes en la tripa un vuelco como si te cayeras por un precipicio, pero resulta agradable porque sabes que estás seguro, que no vas a estrellarte contra el suelo. La sensación sería menos grata si la padecieses en un avión que de pronto cae en picado...

En fin, que el miedo producido por un buen cuento es un sobresalto "bajo control": te excita, pero no tanto como para dejarte hecho un guiñapo tembloroso. Claro que todo depende de cómo andes de los nervios. Hay quien después de haber leído un cuento de Edgar Allan Poe (ya hemos hablado de él, ¿te acuerdas?) o de haber visto Alien no puede pegar ojo en una semana. Por ejemplo: cada vez que apaga la luz de su cuarto, confunde en la penumbra el bulto de la silla donde ha puesto la ropa con una "Cosa" agazapada que se dispone a darle un serio disgusto...

Bueno, perdona, no es mi intención alarmarte ahora que ya va siendo tarde y tienes que dejar este libro para dormir. Puedes apagar la luz sin miedo. Esa sombra que parece que tiene orejas de murciélago no es más que la silla donde has tirado de cualquier manera los pantalones. Aunque... acaba de moverse un poco, ¿no? Nada, imaginaciones mías, no te preocupes: buenas noches.

Si eres un chico muy impresionable quizá sea mejor que no leas los cuentos de Howard Phillips Lovecraft, aunque tengo que decirte que a mí me gustan mucho. En fin, cada uno es como es. La mayoría de los cuentos y novelas de terror utilizan para asustar al lector una serie de personajes bien conocidos: vampiros, muertos vivientes, hombres-lobo, fantasmas... Es decir, seres "sobrenaturales", mágicos, venidos del otro mundo. En nuestra época científica tales espectros a veces dan más risa que miedo: ¿te acuerdas del fantasma de Canterville, del que también hemos hablado ya? Pero Lovecraft inventa un espanto diferente a todos los anteriores. Sus relatos se refieren a unos seres monstruosos, quizá venidos del espacio, que dominaron la Tierra antes de que los primeros hombres apareciesen en nuestro planeta. Mantuvieron entre sí tremendas batallas y los más feroces fueron vencidos, pero no murieron. Aún viven -aunque aletargados o dormidos- en el fondo del mar, en el corazón del desierto o en las

cavernas subterráneas. Son los Grandes Antiguos, y algunos humanos conocen su existencia: todavía peor, les consideran una especie de dioses y hacen todo lo posible por despertarles, para que vuelvan a ser los amos de este mundo. Lo cual, francamente, sería muy desagradable para la mayoría de nosotros...

Lovecraft cuenta sus historias de modo pausado y minucioso. Sus protagonistas suelen ser científicos demasiado curiosos que se enteran de la existencia de los Grandes Antiguos leyendo libros viejísimos guardados bajo llave en la biblioteca de alguna rara universidad. El principal de esos amenazadores mamotretos es el Necronomicón, compuesto hace siglos por un árabe loco llamado Abdul al-Hazred. Poco a poco, se acumulan los detalles inquietantes que indican la cercanía del peligro, pero los lectores del Necronomicón y obras de la misma calaña nunca se dan cuenta a tiempo de lo que se les viene encima. Finalmente acaban encontrándose con alguno de los Grandes Antiguos, un poco más despierto de lo que sería saludable para el desdichado curioso... Por cierto, los nombres de tales monstruos resultan bastante impronunciables: Cthulhu, Yog-Sothoth y cosas parecidas. Lovecraft tiene la habilidad de no describir nunca del todo a sus Grandes Antiguos. Lo único que sugiere es que son abominables, increíbles, desmesurados, putrefactos, enloquecedores, ¡oh, no, por favor, "eso" no!, etc... ¿Te das cuenta? El truco consiste en que el monstruo lo pone la imaginación del lector.

JOHN SÍLVER

LA ISLA DEL TESORO. ROBERT LOUIS STEVENSON

Durante muchos siglos todos los grandes relatos de aventuras tuvieron siempre algo en común: el mar. Los aventureros eran, antes que nada, gente capaz de arriesgarse a viajar sobre las olas, desafiando las tempestades y los monstruos marinos. En alta mar todo lo hogareño está muy lejos y no hay compañía, salvo los que navegan en el mismo barco que uno. Es algo parecido a lo que ahora sucede en el espacio interplanetario, pero con la diferencia de que en los cohetes y satélites artificiales sólo van, por el momento, astronautas bien entrenados, mientras que en los barcos de antaño viajaban también personas corrientes: comerciantes, turistas, mujeres y hasta niños. La travesía por mar era peligrosa, pero también emocionante. Subir a un barco significaba romper con la rutina y el aburrimiento, conocer mundos extraños, quizá conseguir fama y hasta riqueza. Quien volvía del mar traía por lo menos algo nuevo que contar, maravilloso o terrible. Por eso dijo un poeta: "¡Hombre libre, tú siempre amarás el mar!".

Los piratas han sido un ingrediente indispensable de la imaginación marinera. Bandoleros navegantes, se les temía por su crueldad y falta de escrúpulos, pero también se les admiraba secretamente por su audacia. Hubo piratas de todas las razas y en todos los mares: griegos, fenicios, turcos y berberiscos en el Mediterráneo; vikingos en los mares nórdicos; malayos en el mar de la China y en el golfo de Bengala; ingleses, franceses y españoles en el Caribe, etc... Incluso hubo en el Extremo Oriente alguna mujer pirata que capitaneó hasta hace poco su tripulación implacable. En ocasiones, los piratas hicieron sus rapiñas autorizados por el gobierno de alguna nación, que les concedía "patente de corso" para desvalijar barcos de países enemigos: a estos piratas con permiso se les llamó "corsarios". Aún se recuerdan los nombres de algunos piratas famosos, como Barbarroja, el Olonés, Morgan, Kidd, Barbanegra (uno de los más feroces, aunque solía adornarse la barba con lacitos de colores ...). También conservamos en la memoria algunos rasgos característicos de esos bandidos de las olas, como la pata de palo, el ojo tuerto tapado con un parche negro, el brazo manco rematado por un garfio y otros recuerdos similares de pasadas batallas sangrientas. No podemos olvidar, desde luego, su bandera negra adornada por una calavera bajo la cual se cruzan dos tibias. Yo creo que imaginariamente todos hemos sido alguna vez piratas: ¿no has gritado tú nunca en sueños "¡al abordaje!"?

Long John Silver (es decir, John Silver "el Largo") es, junto al Capitán Garfio, el más famoso de los piratas que navegan por los océanos siempre limpios de la literatura. Puedes encontrarte con él cuando quieras, con sólo abrir de nuevo tu ejemplar de La isla del tesoro, doy por supuesto que tienes en casa ese libro imprescindible: si no, corre inmediatamente a comprarlo aunque tengas que pedir limosna a la puerta de la librería hasta reunir su precio. John Silver es un personaje emocionante y misterioso. Parece un simple posadero de Bristol y se enrola en la Hispaniola para la travesía hacia la isla del tesoro en el puesto más humilde: como cocinero. Pero pronto comprendemos que en realidad se trata del más peligroso de los piratas, el pirata al que temen hasta sus propios

colegas de piratería. Cojea con su muleta mientras el loro aletea en su hombro y gasta bromas campechanas a todo el mundo... hasta que llega la hora de sacar el cuchillo y de ser implacable.

Y sin embargo resulta simpático, "amenazadoramente" simpático. Jim Hawkins, el chico que encontró el mapa del tesoro, no puede remediar hacerse amigo suyo. Incluso cuando conoce cuál es la verdadera catadura de Silver bajo su apariencia amable, sigue sintiendo cierta estima por el viejo pirata, lleno de fuerza y de astucia, lleno de "vida". También John Silver, a su modo, admira al muchacho, le protege y hasta llega a arriesgarse por defenderlo. En el fondo, los dos parecen casi cómplices, hermanos de mar y de aventura. Quizá el pirata quería ser adolescente o quizá el niño quería ser pirata... Por eso cuando al final de la historia John Silver se escapa con parte del tesoro, Jim siente alegría y un poco de tristeza. No quiere para su extraño amigo otro castigo que uno que él también va a sufrir: separarse de quien te aprecia.

LOS VELOCIRRAPTORES

PARQUE JURÁSICO. MICHAEL CRICHTON

Si me preguntas cuál es mi más antiguo y constante deseo imposible de realizar, el primero que yo pediría al genio de la lámpara si fuese Aladino, tendré que responderte: ver un gran dinosaurio vivo. Indico que lo quiero "grande" porque como tú y yo sabemos hubo dinosaurios de todas las tallas y algunos fueron bastante raquíticos. ¡Sólo faltaría que el genio de la lámpara me hiciera desperdiciar un deseo enseñándome un dinosaurio del tamaño de un pollo tomatero! No, lo que yo quiero ver es un dinosaurio con todas las de la ley, grande como una montaña escamosa, de esos que hace millones de años hicieron retemblar con sus pisadas, alguna remota selva de pesadilla. Te confieso que cuando era adolescente esperaba que quizá un día los viajes interplanetarios nos harían encontrar un planeta en el que aún viviesen grandes saurios prehistóricos: porque yo no me muevo de esta butaca para visitar a E.T. en su amada casita, pero me subiría ahora mismo en un cohete y aguantaría la ingravidez espacial con tal de ver cara a cara y diente a diente- a un tiranosaurio.

Cuando leí la estupenda novela Parque Jurásico, de Michael Crichton, renacieron mis esperanzas. ¿Será posible resucitar a los dinosaurios para que por fin todo lo que hemos fantaseado ante sus enormes huesos en los museos se haga realidad? ¿Volveremos - gracias a nuevos procedimientos biogenéticos- a vivir entre dragones, como los protagonistas de tantas leyendas y tantos cuentos? Por el momento no resulta demasiado probable pero, ¿quién sabe? Mientras tanto puedo consolarme leyendo el libro y dejando correr la imaginación a partir de él (cuando leemos, cualquiera de nosotros dentro de su cabeza logra ser otro Spielberg...). Después de todo, para eso, entre otras cosas, sirve la literatura: para que los sueños parezcan reales y la realidad parezca un sueño.

Bueno, soñemos un poco o mejor: "imaginemos". Por lo que dicen los paleontólogos, ninguno de nuestros antepasados tuvo nunca que enfrentarse con dinosaurios, porque habían desaparecido todos de la faz de la Tierra millones de años antes de que nuestra especie empezara a incordiar aquí y allá. Pero imaginemos que nos hemos trasladado a la época remotísima en que los grandes saurios dominaban la Tierra. La mayoría de ellos no representan peligro para nosotros: comen vegetales y se dedican a sus cosas sin meterse con nadie (no sé demasiado bien a qué cosas podían dedicarse los dinosaurios hervíboros, pero algún entretenimiento tendrían). Sin embargo, paseando por aquel jardín mesozoico podríamos tener también algún encuentro desagradable. Leo en tus labios y en tus ojos asustados un nombre formidable que ya antes he mencionado: ¡tiranosaurio! Sin duda el Rex tiene la peor fama de toda aquella cuadrilla de gigantones, aunque quizá no fuese ni el mayor ni el peor de todos los carnívoros de su tiempo. Piensa por un momento en los depredadores marinos que cazaban día y noche en esos mares que nunca surcó ningún barco. Por ejemplo, el megalodón, un supertiburón blanco de treinta metros de eslora y dientes en proporción a su tamaño...

En Parque jurásico no sólo se inventa un método muy ingenioso para revivir a los dinosaurios y mezclarlos con seres humanos, sino que también saltan a la fama unos carnívoros hasta entonces poco reputados: los velocirraptores. No fueron pesos pesados como los tiranosaurios o los alosaurios, pues su estatura era más o menos la de un ser humano. Pero debieron ser tan enormemente veloces como su nombre indica, cazaban en manada y Crichton les supone astutos e implacables, semejantes a lobos hambrientos. A fin de cuentas, quizá los lobos son más temibles que los tigres o los leones, ¿no te parece? No es raro pues que los velocirraptores se conviertan en los peores adversarios de los acosados protagonistas de la novela. O mejor dicho "adversarias", ya que todos los dinosaurios de ese parque fantástico son hembras, por razones que saben los que la han leído.

En el fondo, ni los velocirraptores ni ninguna otra fiera del pasado o del presente son "malos". Los animales se las arreglan para sobrevivir como sus instintos les mandan y son carnívoros para alimentarse, no por crueldad. En Parque Jurásico se habla en cambio de otro tipo de mal, de verdadero mal: el que hacen los seres humanos por ambición, por avaricia y por la manía de llevar a cabo experimentos científicos arriesgados con realidades que sólo conocemos a medias. Si el precio de satisfacer nuestra curiosidad va a ser demasiado alto, quizá sea mejor, después de todo, que nos quedemos sin ver nunca auténticos dinosaurios vivos...